

*Contextos y texto de una crónica
Libro tercero de la historia religiosa
de la Provincia de México de la Orden
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

año de Cristo 1602. Fue sepultado en la capilla de él y el primero de los que allí les ha cabido la suerte. 1602

CAPÍTULO 22

DE LOS BENDITOS FRAY JUAN DE SENA Y FRAY MATEO DE LA MADRE DE DIOS, LEGOS

El bendito fray Juan de Sena tomó el hábito del coro en el mismo convento de Santo Domingo de México el año de Cristo 1537, y por humildad le dejó voluntariamente y tomó el de lego, con el cual profesó en el mismo convento a primero de julio del año siguiente, 1538. Fue hombre de raras condiciones y extraño modo. Y aunque en todas sus cosas era humildísimo y ejemplar, y nunca se le notó cosa mala, ni que oliese a mal ejemplo, de las muchas buenas que hacía tenían muchos diferente concepto. Unos decían que las hacía sin consideración y a poco más o menos como hombre simple y de poco talento; y otros que las consideraban más profundamente con las circunstancias de tiempo y lugar, etcétera, hallaban que procedía en ellas con mucha consideración y que eran obras de hombre verdaderamente santo, que a imitación del glorioso padre san Francisco y de otros santos disimulaba por humildad el mucho entendimiento que tenía, el cual advertían muy en particular entre otros los religiosos que le confesaban. Todos los cuales afirman era tan diferente de sí mismo cuando se confesaba, al trato común que tenía con los demás; como lo es un rústico villano, respecto de un hombre cortesano y muy político. Y finalmente concuerdan en que se confesaba siempre con la mayor policía, discreción y curiosidad que se puede desear; y que sacaba culpas y hacía materia de confesión de las cosas en que los muy doctos y temerosos de Dios apenas las hallaran. 1537 1538

Su trato común era en esta forma: mal vestido y poco limpio en su persona y celda. Siempre traía la capa puesta, con la cual dormía; admitía de buena gana y con licencia lo que le daban de comer, todo lo cual y muchos panes enteros y partidos (que de ordinario sacaba del refectorio), daba a cualquiera que encontraba, y en especial a los indios, que es gente pobre y miserable, y a otros de esta manera, y con todo esto fue siempre pobrísimo; porque nunca tuvo ni se le conoció cosa alguna de valor, ni quería recibir dineros que algunos devotos le ofrecían para sus necesidades; antes se escandalizaba de que se los ofreciesen y temía escandalizaría él a otros si los recibía. Y así lo mostró en muchas ocasiones, y en especial en que, habiéndole

Conde de Monterrey,
piadoso

enviado cien reales el conde de Monterrey don Gaspar de Zúñiga y Azevedo, visorey de esta Nueva España, para suplir sus necesidades, y habiéndoselos dado el paje repentinamente; él como advirtió lo que era comenzó a afligirse y hizo grande instancia con el paje para que los volviera a recibir, diciendo que él no recibía de aquellas cosas y que los tomase de presto porque nadie se escandalizase viéndolos en su poder. Tratóse siempre con el mayor menosprecio del mundo; por lo cual y porque nunca hizo ostentación de talento, nunca se le encomendó oficio alguno. Sólo servía de acompañar a quien el prelado le mandaba; lo cual hacía con mucha prontitud y obediencia, aunque en la vejez apenas podía andar. En casa y fuera de ella andaba siempre rezando, y en ciertos puestos que él había elegido y elegía a su propósito y según sus consideraciones, mirando a todas partes si no parecía nadie, en unas se hincaba de rodillas y en otras se sentaba cuanto una ave María y luego pasaba adelante a otro y hacía lo mismo. Pero aunque más se recataba al fin le veían muchos y consideraban sus cosas en la forma que he dicho. Y así le vieron también una vez algunos

Fr. Al^o. de Contreras
el mozo

Fr. Bartolomé Gómez
maestro de
estudiantes

religiosos, que estando solo en el corral del lavatorio de este convento de México miró a todas partes, y pareciéndole que nadie le vía, se desnudó de presto en carnes y se echó en una gran mata de espinas que allí había, y habiendo estado en ella un buen rato, se volvió a vestir con la misma presteza. También le vieron otras muchas veces arrojar en el suelo, y preguntado por qué lo hacía, decía que porque le combatía el demonio con malos pensamientos, y que con aquello le humillaba a él y a sí mismo, reconociendo que era tierra y que en ella se había de volver. De donde podemos colegir que a ninguno, por vil y bajo que sea en los ojos del mundo, perdona el demonio ni deja de tentarle cuando por una vía por otra. Pero con todo eso nunca pudo hacer lance en el bendito fray Juan por el recato con que él siempre vivía. Porque demás de ser castísimo en sus obras y palabras, era tan recatado en la vista, que en muchos años nunca quiso mirar al rostro a mujer alguna viva ni pintada, y así nunca se le notó mal ejemplo ni el menor desconcierto del mundo. No tenía libro alguno, pero cuando le encontraba de latín o de romance, leía en él de buena gana paso y muy aprisa porque era buen lector; y en especial leía muy de ordinario en los misales de la sacristía y a los que le preguntaban qué leía o por qué hacía las cosas que habemos referido, nunca respondía a propósito, barajaba y desviaba la plática con irse o con otros modos. Ayudaba a misa dos y tres veces cada día y rezaba en su rosario exteriormente, fuera de otras devociones interiores en que conocidamente le veíamos muchas veces ocupado. Fue mansísimo de condición con los hombres y con los animales; y así a

ninguno hacía mal, ni a los ratones que criaban en su celda públicamente; a los cuales daba él de comer y ellos se le llegaban como a padre o cosa muy familiar de quien ni se espantaban ni recataban. Nunca se enojó con nadie, ni nadie perdió jamás por él, aunque muchas veces le preguntaban cosas, porque a todas respondía con palabras equívocas o indiferentes y con desviar la plática o irse; nadie le pudo jamás sacar de dónde era ni su patria, ni parentela, ni menos cómo se llamaba antes de fraile, aunque a mí me dijo una vez por mucha amistad que era de junto a Sevilla. Por ser tan pobre y menospreciado como habemos significado, no había quien hiciese caso de él ni le regalase. Pero Dios, que no desampara a nadie, y aunque permite que los suyos padezcan (para que en ello merezcan mucho) con todo eso les acude como generoso al tiempo de la necesidad, y así inspiró a un buen hombre lo hiciese en su nombre con el bendito fray Juan en su enfermedad. El cual vino a la portería del convento a preguntar si había en él algún religioso enfermo, y aunque siempre los hay y más de uno, entonces permitió Dios que sólo fray Juan lo estuviese; y el buen hombre, sin conocerle, o por lo menos sin haberle tratado, le regaló con mucho cuidado en su enfermedad todo el tiempo que vivió.

Tuvo un compañero muy cordial en su vejez, que fue otro bendito lego llamado fray Mateo de la Madre de Dios, hombre de mucha caridad con el cual se comunicaba a menudo, y fray Mateo, viéndole cercano a la muerte, le rogó, por el buen concepto que tenía de él, que cuando se viese con Dios le alcanzase de él una asignación o cédula de mudanza para el cielo, y él se lo prometió. Pasó de esta vida fray Juan de Sena habiendo recibido todos los sacramentos a los diez de julio del año de Cristo 1602, y fue sepultado en el capítulo del mismo convento en la sepultura quinta del sexto orden de las sepulturas, comenzando a contarlas del altar y de la parte derecha de él, que es la del evangelio. Cuya muerte y ausencia sintió mucho el compañero fray Mateo; aunque se consoló con que presto sería con él, y esto dijo que sería de allí a pocos días. Y así fue que llorándole mucho fue Dios servido de consolarle con llevarle para sí a los cinco de agosto siguiente, y fue sepultado junto a él en la sepultura cuarta, habiendo vivido en la orden 49 años. Porque tomó el hábito en el mismo convento de Santo Domingo de México a los 21 de setiembre del año de Cristo 1552 y profesó el siguiente 1553; hombre ya de edad y muy diestro en las armas, como lo fue también y muy aventajado después en lo que es virtud y religión. Fue su maestro de novicios el santo fray Cristóbal de la Cruz y entrambos amigos eran de menos que mediana estatura y murieron de muy larga edad.

Fr. Mateo

1602

1552

1553